

¡SARDINHAAS, COMO CABALAAAS...!

Porto. La ciudad se despereza en la mañana otoñal, arrullada por la canción del Douro. Las "rúas", los "largos", las "travesas"... se reaniman con el ardor del trabajo. Más tarde, cuando puertas y "janelas" se franquean al aire exterior, alarga en los espacios urbanos su despliegue vocálico, el pregón de la "varina":

—¡Sardinhaas, como cabalaaas...!

La fragancia y la prodigabilidad del mar, han entrado en la ciudad mecidas en el periplo matinal de la "patela". Sobre las robustas caderas de la «peixeira» portadora, coronando su busto cruzado con el mantón, la aplastada cesta va brindando a todos el sabor y la energía de la libre Naturaleza. A través de este dinámico y escultural exponente, que despliega de puerta su voluntad de servicio, el mar acerca la frescura de sus dones, más directamente que en otra forma, a la mesa del hombre.

Pero en la frase ponderativa de la vendedora ambulante, hay en este caso algo más que una expresión de abundancia numeral. «Sardinhas, como cabalas», no dice lo mismo que «sardinhas fresquinhas», «sardinhas baratas» u otro («slogan») oral, de los que acostumbran a expeler las gargantas de las mujeres dedicadas al tráfico callejero del pescado.

Una relación económica más profunda parece inspirar la referencia del tamaño de una especie menuda, al de otra de talla superior. La frase es como una escueta fórmula del valor de la mercancía ofrecida. En ella se condensa la mayor utilidad dedu-



cida por el consumidor, llevando a su boca «sardinhas, como cabalas», en lugar de nuestras minúsculas «xouvas», por ejemplo.

Pudiera descubrirse aún otro significado latente en el fondo de las palabras, que la «varina» va vertiendo en el oído expectante de las amas de casa. El de la satisfacción de ofrecer frutos en su plenitud biológica, seres que han recorrido holgadamente sus ciclos vitales, y a los que sólo restaba, como fin último de su misión en el mundo que acaban de abandonar, el de entregarse a la voracidad del hombre.

En aquella voz salina, rasgadora del aire urbano, vibra, finalmente, como un eco del postulado bíblico, que asegura la perpetuación con el milagro de la fertilidad. Envuelta en los acentos del pregón, hay una versión ruda del «crescite et multiplicamine», referida a la fertilidad del mar, señalando como en el crecimiento reside la clave de la multiplicación.

La estampa tiene también su reverso. Podríamos abocetarlo poniendo en contraste la figura, no menos brava y cimbreante, de las pescantinas gallegas, que transitan por los barrios urbanos y los caminos de aldea, con la patela rellena de juveniles vástagos de sardina. Su voz también se alza oferente y sugeridora, pero sin alusión explícita al tamaño de la mercancía, reducida apenas a expresar, como un eco de la diaria lucha frustrada, la reiterante cantilena:

—¡Xouvas, xouviñas frescas!...